

Mark Strand

La vida continua

Puerto oscuro

La vida secreta de la poesía (*Prólogo*)

Traducción de Elisa Ramírez Castañeda

CONACULTA/INBA

Calamus editorial

Índice

La vida secreta de la poesía

La vida continua

La idea

Praderas de la velocidad

AM

Centro virgiliano

Orfeo a solas

Miedo a la noche

Dos cartas

Carta de Grete Samsa a H.

Carta de Gregor Samsa a H.

Chéjov: una *sestina*

A sí mismo

Ficción

Luminismo

La vida en el valle

La vida continua

De un diario perdido

Viaje

Poesía narrativa

Siempre

Se la vita e sventura...

Una noche de invierno

Dans d'hiver

El imperio del azar

La traducción

La historia de la poesía

Escuela Continental de Belleza

El club de medianoche

La famosa escena

Él mismo, ahora

Leyendo sin cambiar de sitio

El final

PUERTO OSCURO. UN POEMA

Proemio

Puerto oscuro

I. En la noche sin fin, en la oscuridad que empapa

II. Escribo desde un lugar donde nunca has estado

III. Camina en cualquier dirección y volverás a la vía principal

IV. Vivir aquí supone cierta trivialidad

V. Los soldados partieron y ahora se van las mujeres

VII. Qué sucedería, cuál sería la diferencia

VII. Ah, puedes burlarte de los esplendores del plenilunio

VIII. Si el alba descorazonara, y la luna fuera horror

IX ¿Dónde está la experiencia que significaba tanto

X. Es un grito pavoroso elevándose

XI. Ha pasado mucho tiempo y sin embargo parece

XII. Llegó, por sí mismo, como el sol que cubre

XIII. La bruma escampa. Las cimas mañaneras

XIV. Han detenido el barco en el puerto

XV. ¿Qué luz es ésta, diciéndome que el cielo es dorado

XVI. Es verdad, como alguien ya dijo, que en un mundo

XVII. Acabo de despedir a un amigo

XVIII. Me gustaría cruzar el umbral de mi corazón y estar

XIX. Salgo y me siento en la azotea, con la esperanza

XX. ¿Eres tú quien se para entre Los olivos

XXI. Sombras bajas rozan la tierra, unas cuantas nuBes sangran,

XXII. Sucedió hace años en un comedor

XXIII. De repente escuchamos la explosión

XXIV. Piensen ahora en el clima y cómo rara vez parece

XXV. ¿Lo existente es acaso recuerdo del tiempo
XXVI. Bajé de mi cabana en lo alto
XXVII. De éste amo la belleza resonando
XXVIII. Hay una luminosidad, una convergencia de sortilegios
XXIX. La memoria oculta de nuestras grandes y singulares
elevaciones
XXX. Hay un camino que cruza el desfiladero
XXXI. Henos aquí, en Labrador. Siempre
XXXII. Acá, disminuidos por las montañas y un cielo de Juegos
XXXIII. Estaba de visita en la modesta villa de un amigo
XXXIV. Lástima que la palabra naturaleza ya no signifique
XXXV. La enfermedad de los ángeles no es nada novedoso
XXXVI. No puedo decidir si atravesar o no
XXXVII. Los domingos ocupa una silla de plata en un pasillo
con eco
XXVIII. Y aparece, pues, al fondo del corredor
XXXIX. Cuando uno toma la pluma tras un largo silencio
XL. ¿Cómo cantar si no tengo el corazón o la esperanza
XLI. A veces cuando salgo tras la cena
XLII. Nuestros amigos vagaban de cuarto en cuarto pero ahora
XLIII. He pensado toda la tarde qué parecidos
XLIV. Recuerdo que me paré ante las olas que rompían
LXV. Estoy seguro de que este lugar les parecerá brumoso

Notas

The Continuous life, Alfred A. Knof, New York, 1990.

Originalmente apareció junto a Puerto Oscuro, en Ediciones Calamus.
Se ha eliminado la sección "Grotesques" del libro *The Continuos Life*,
a sugerencia de Mark Strand. El texto "La vida secreta de la poesía"
fue proporcionado por el autor como prólogo para esta traducción.

Este libro fue traducido en 1993 gracias al apoyo del Fideicomiso para la Cultura de la Bancomer y de la Rockefeller Foundation.

Nuevas lecturas del original han dado lugar a algunas correcciones en esta versión digital de 2024.

LA VIDA SECRETA DE LA POESÍA

Es 1957. Estudio artes plásticas y paso las vacaciones en mi casa, estoy sentado en la sala frente a mi madre. Hablamos del futuro. Mi madre piensa que elegí una profesión difícil. Me veré obligado a luchar en la oscuridad, muchos años tal vez, antes de obtener reconocimiento y ni siquiera el tenerlo será garantía de que pueda ganarme la vida ni mantener una familia. Cree que me convendría más ser médico o abogado. Le informo entonces que, a pesar de haber elegido la escuela de artes, me interesa más la poesía, en realidad. "En tal caso, nunca podrás ganarte la vida", me dice. Mi madre se preocupa, le parece que sufriré inútilmente. Alego que los placeres que brinda la poesía exceden, por mucho, los derivados de la riqueza o la estabilidad. Le propongo leer algunos de mis poemas favoritos de Wallace Stevens. Comienzo con "La idea del orden en Key West". Al poco rato mi madre cierra los ojos y cabecea. Duerme en su silla.

2

No es mi intención burlarme de mi madre. Su incapacidad de responder ante la poesía como yo hubiera deseado es compartida por casi todas las personas. Oír poemas o leerlos es una experiencia diferente a otros acercamientos al lenguaje. Nada de lo que hayamos leído nos prepara para la poesía. Mi madre leía novelas y ensayos. A mi parecer, su respuesta a estas lecturas era adecuada y bien informada. ¿Qué es lo que distingue a la poesía de lo que ella acostumbraba leer? La primera diferencia que viene a mi mente es que el contexto de un poema, al parecer, reposa solamente en la voz del poeta —una voz que no se dirige a nadie en particular y carece de una situación o situaciones derivadas

de las palabras o de las acciones de otros, a diferencia de la ficción—. El poema propicia un sentido de sí mismo, no un sentido del mundo. Se inventa a sí mismo; su propia necesidad o urgencia, su tono, su mezcla de significados y sonidos están en la voz del poeta. En ese aislamiento es donde genera su legitimidad. Para ser verosímil, una novela debe compartir algunos rasgos con el mundo que habitamos. Sus personajes deben actuar de forma que reconozcamos como humana y deben hacerlo en lugares y con objetos que parezcan verosímiles. Estamos mejor preparados para leer ficción porque habla de algo que nos resulta familiar. La mayor parte de lo que dice un poema no es ni conocido, ni desconocido. El mundo de cosas o de vivencias que pudieron haber originado un poema se desvanece en la distancia. Es como si el poema reemplazara ese mundo para establecer una primacía propia proclamándose, extrañamente, por encima del mundo.

Lo conocido en un poema es su lenguaje, es decir, las palabras empleadas. Pero estas palabras parecen distintas en los poemas. Aun las más conocidas parecerán extrañas. Cada palabra tiene igual importancia en un poema, existe un foco absoluto, tienen un peso que rara vez poseen en la ficción. (Pueden encontrarse algunas excepciones notables en las obras de Joyce, Beckett y Virginia Woolf.) En las novelas las palabras se subordinan a grandes fragmentos de acción o caracterizaciones que permiten avanzar a la trama. En el poema son la acción. Es por esto que los poemas tienen legitimidad inmediata, una o dos líneas permiten a los lectores de poesía saber que se trata de poesía. En cambio, resulta difícil saber gran cosa acerca de una novela a partir de las primeras oraciones. Para que merezca nuestra atención le concedemos más o menos doce páginas. Y, paradójicamente, capta la atención cuando desaparece su lenguaje en los

eventos que genera. Nos sentimos mucho más cómodos al leer una novela cuando el lenguaje no nos distrae. Al leer una novela lo que queremos es seguir. Un poema trabaja en la dirección opuesta. Pide lentitud, nos obliga a saborear cada palabra. Es en la poesía donde se siente de manera más palpable el poder del lenguaje. Pero en una cultura donde leer rápido, al igual que las comidas preparadas, las cápsulas informativas y demás formas abreviadas de ingestión, ¿quién quiere algo que promueva la lentitud?

3

Ni la lectura de ensayos ni la de ficción preparan para la lectura de poesía. Mis padres eran voraces lectores de prosa; buscaban información con el afán de ilustrarse y también para sentir que tenían cierto control sobre un mundo donde su opinión contaba poco. Su necesidad de certeza era proporcional a su sentimiento de duda. Si uno tenía los datos en la mano —o aquello que se consideraban los datos— uno podía no solamente borrar la incertidumbre sino también abrigar la ilusión de vivir en un mundo fijo y estático, en un mundo pasivo y predecible de donde se habían expulsado los misterios. No es de extrañar que mis padres no consideraran un placer la lectura de poesía. Era el enemigo. Servía sólo para mistificar de nuevo su mundo, opacaba su certeza con ambigüedades, era un reto a su apetito por el tipo de certezas que brinda el conocimiento. Para lectores como mis padres resultaba difícil aceptar el coqueteo de la poesía con las tachaduras, las contingencias y hasta el absurdo. Y puede ser aún más difícil de aceptar que la poesía, al crear ritmos y figuras, avala un estado de suspensión verbal. La poesía es el lenguaje en su papel de seductor y de hechicero, al mismo tiempo, es evasiva y hasta parece burlarse de nuestros afanes

de reducción, de orden simple e inmediato. No es solamente que se prefieran varios significados a uno, único y dominante, podría ser también que comunica algo además del "significado", algo que no se origina con el poema sino a la luz tenue y primordial del lenguaje, en alguna época de su "anterioridad". Puede ser, entonces, que la lectura de poesía sea, casi siempre, una búsqueda de lo desconocido, algo que reposa en el nódulo de la vivencia pero que no puede ser ni señalado ni escrito sin alterarlo, sin mermarlo —algo que, sin embargo, de ser contenido para que no resulte tan aterrador—. No es conocimiento, al menos de acuerdo a lo que entiendo como conocimiento; es más bien una ocasión para la fe, una razón para la anuencia, un acatamiento del ser. No es conocimiento, puesto que nunca nos es revelado. Es misterioso y opaco, y a pesar de invitar al lector, lo mantiene a distancia. Tal desconocimiento puede resultar incómodo y forzará al lector a hacer algo para sentirse menos ajeno; con frecuencia inventará un contexto donde colocarlo, algo que contrarreste el carácter desmembrado del poema. Como señalé antes, tal vez tenga relación con el origen del poema, con la oscura habitación de donde brota. Los contextos que construimos para defendernos pueden aclarar ciertas partes o rasgos de un poema; podrían hasta explicarlo, pero nunca lo reemplazan en la totalidad de su pronunciamiento. A pesar de su don para el hechizo, el poema se resiste siempre a todos los significados, salvo a los parciales.

4

Tal vez mi madre sintió esto aquel día, en 1957, y pensó que estaría más segura en los confines de su propia ignorancia que en los proporcionados por Wallace Stevens. Pero no todos los poemas pretenden recordarnos la oscuridad o nuestra

ignorancia del nódulo de nuestra experiencia. Algunos intentan no hacerlo, prefieren hablar de lo conocido, de vivencias comunes donde nuestra humanidad se siente de manera más poderosa, experiencias compartidas con quienes vivieron hace siglos. Es una tarea difícil —hablar de aquello que es aparentemente inalterable a través de convenciones poéticas o lingüísticas específicamente fechadas—. Cada poema debe hablar por sí mismo, hasta cierto punto; y por su novedad: sus vínculos o distanciamientos de las convenciones del momento. Debe hacernos creer que lo que leemos nos pertenece, aunque sepamos que lo que dice es realmente viejo. Ésta es la primera forma de engaño y permite a la poesía escapar del lugar común. Cuando las convenciones de otros tiempos vuelven a usarse, trabajadas una y otra vez, tenemos una banalidad: esos versos gastados y sentimentales que son la esencia de las tarjetas de felicitación. Y sin embargo, a través de tales convenciones reconocemos como poesía a la poesía. Los poemas rinden homenaje a los poemas precedentes al usar viejas figuras, al recombinarlas, al alterarlas un poco usando metros, empleando otra vez esquemas de rima y patrones de estrofas, acomodándolas a una lengua contemporánea, a su sintaxis y sus variaciones idiomáticas. Y esto es algo que no saben quienes no están familiarizados con la poesía o que les escapa cuando leen o escuchan un poema. Ésta es la vida secreta de la poesía. Siempre rinde homenaje al pasado, trae la tradición hasta el presente. Mi madre no era una lectora de poesía y no podía notar esa otra vida de la poesía.

5

Es 1965. Mi madre ya murió. Se publicó mi primer libro de poesía. Mi padre, como mi madre, nunca fue lector de poesía. Lee mi libro. Me conmueve. La imagen de mi padre

reflexionando acerca de lo que he escrito me colma de indecible júbilo. Quiere hablarme de los poemas pero le resulta difícil comenzar. Por fin empieza. Algunos poemas le resultan confusos y le gustaría que se los aclarara. Otros le resultan perfectamente inteligibles y se muestra impaciente por mostrarme cuánto significan para él. Los que hablan de su sentimiento de pérdida tras la muerte de mi madre son los que tienen más sentido, en su opinión. Parecen decirle algo que sabe pero no puede expresar. Su poder es casi mágico. Le dicen en unas cuantas palabras lo que siente. Lo ponen en contacto consigo mismo. Puede leer mis poemas —y para el caso, podrían haber sido los de cualquier otro— y sentirse poseedor de su pérdida, no poseído por ella.

Una de las razones por las cuales dependemos de la poesía en momentos de crisis es porque la poesía, de alguna manera, formaliza emociones difíciles de articular, porque en esos momentos es cuando resulta importante saber en unas cuantas palabras aquello que nos aqueja. Pienso, sobre todo, en los funerales aunque también es válido para los matrimonios y los alumbramientos. Sin poesía tendríamos silencio o banalidad. El primero nos deja a merced de nuestros propios e inadecuados recursos para experimentar la iluminación; la segunda abarata con generalizaciones lo que pretendemos nos pertenezca sólo a nosotros, empobrece nuestra experiencia, hace bochornosa nuestra propia imagen. Si mi padre hubiera vivido más tiempo tal vez se hubiera convertido en lector de poesía. Habría descubierto que le resultaba necesario —no sólo una necesidad de mi poesía, sino del lenguaje de la poesía, las maneras especiales que tiene de cobrar sentido— Y ahora, años más tarde, cuando escribo bien, a veces pienso que mi padre estaría complacido y pienso, también, que si mi

madre escuchara estas líneas despertaría de su breve sueño
para darme su aprobación.

LA IDEA

para Nolan Miller

También nosotros queríamos ser dueños de algo
además del mundo conocido, además de nuestro propio
ser,
además de nuestra capacidad de imaginar; algo, sin
embargo,.
que nos permitiera reconocernos; y este deseo siempre
llegó
en el transcurso, en la luz pálida, y con tal frío
que el hielo de los lagos del valle se quebró y
desgajó,
y la nieve cubrió toda tierra visible
y las escenas del pasado, al volver a flote,
ya no tenían semejanza con lo que habían sido;
eran blancas y fantasmagóricas entre curvas falsas
y tachones ocultos; y nunca creímos lograrlo
hasta que el viento nocturno dijo: "¿Por qué ahora,
precisamente? Regresen a su lugar de origen".
Y a la distancia, en los confines helados, apareció
una cabaña con ventanas deslumbrantes, pequeñas;
y nos detuvimos ante ella, asombrados de encontrarla
allí,
y hubiéramos avanzado, abierto la puerta,
entrado al destello para calentarnos,
pero era nuestra a fuerza de no serlo
y debía permanecer vacía. Ésa era la idea.

PRADERAS DE LA VELOCIDAD

Puedo decir ahora que sólo fui capaz
de salir de la casa y pararme ante ella, observar el
valle
tanto tiempo como me fuera dado. Sabía que llegaría un
tren
seguido por su bufanda de humo, que llovería pronto.
Un friso de nubes hacía descender una sombra sobre el
pueblo,
un fuerte viento aplastaba la pradera, arrastrándola
más allá de los olivos y los setos de malva y de
rosas.
El aire tenía aroma dulce, una muchacha agitaba un
palo
ante cuervos tan lejanos que parecían moscas.
Su madre usaba una capa y un chal, protegía sus ojos
con la mano.
Me pregunto por qué, si el sol no brillaba. Alguien
apareció
entonces y dijo: "mira la pared formada por las nubes,
mira esos cuervos
cayendo del cielo, esos campos verde pálido,
verdiamarillos
deslizarse, y a esa muchacha y a su madre diciendo
adiós".
En un momento el cielo se manchó de bruma rojiza,
y la persona que estaba junto a mí escapó. Era al
atardecer,
las luces del pueblo se encendían cuando las vi, al
principio
borrosas, cerca del cementerio rodeado por hileras de
cipreses inclinados,

la muchacha y su madre, fumaban una junto a otra,
restregando los talones contra el piso.

AM

para Lee Rust Brown

...y aquí, el infinitivo oscuro, y sentir
que podría durar y detener la tierra
y la noche cuajada de estrellas se derrama desde las
montañas
sobre el campo que silba y sobre pueblos silenciosos
hasta que el último insomne se rinde, termina, y
quienes madrugan
ven las nubes escarlatas romperse y los plumajes
dorados del humo
volverse blancos desde casas todas igual de oscuras, y
así
hasta la más pequeña brizna de yerba y de hoja seca
tocada por la luz que llega. Comienza otro día,
otra fabulosa huida ante los daños de la noche
y hasta las gaviotas, en el círculo roto de su vuelo,
gritan su anuencia sobre las largas planicies del mar
que retumban y caen. Cómo recalcan los rayos del sol
el esqueleto descompuesto del pez, claramente
muestran los gusanos y las muchas moscas atareados,
cómo prestan brillo al despojo fatal
de cuanto existe sobre la tierra. Cómo nos aman, a
todos.

CENTRO VIRGILIANO

Y así, al pasar bajo la cúpula del enorme cielo,
arrastrados por tormentas y mares picados, llegamos,
preguntándonos sobre cuál de las playas del mundo
habíamos sido arrojados. Se oía un aullido de perros
atravesar el crepúsculo

y el ruido del pastizal en llamas, cuando es azotado
por el viento,

y más tarde, el agudo lamento de las mujeres
alzándose

desde patios helados hacia el silencio de las
estrellas doradas.

Al principio no echamos de menos los pueblos de donde
partimos

casas pintadas de rosa y verde, cisnes comiendo
entre los juncos del río, aguaceros de luz veraniega
barriendo los campos de pastura.

Poco importaba nuestra esperanza de hallar a Apolo
aquí

entronizado por fin, en este sitio; ni el frío
atenazante

calándonos los huesos. Llegamos a un sitio donde todo
se lamenta

por cómo marcha el mundo.

ORFEO A SOLAS

Fue una aventura de la cual mucho podría deducirse: un paseo
en las riberas del río más oscuro del cual se tenga noticia,
entre empujones de turbas encapuchadas, junto a rocas humeantes
y filas de barracas arruinadas, medio hundidas en el cieno;
siguió por el gran corredor con un patio de mármol cuyo vacío le daba escalofríos; y se sentó allí,
en el silencio hondo del lugar y habló
de lo que había perdido, de lo que aún poseía en su pérdida
y, entonces, sin omitir nada, describió sus ojos, la frente donde se derramó la luz dorada de la tarde, la curvatura de su cuello, la vertiente de sus hombros, todo,
hasta sus muslos y sus piernas, dejando llegar las palabras
como si se elevaran del sueño, para flotar río arriba contra la voluntad del agua, donde todo trabajo forzado
y vano se detuvo, azorado por la cadencia de la voz, y hasta las furias enloquecidas, desgredadas, sollozaron por vez primera,
y el aire con hollín se limpió sólo para que pasara ella, la novia perdida,
atravesando su propia imagen para ser vista en la luz. Como todos saben, éste fue el primer gran poema; siguieron días y días sentado en casa de amigos con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados,

tratando de desear su regreso, encontrándose
sólo a sí mismo, una y otra vez atrapado
en el frío de su pérdida y, finalmente,
salió a vagar en silencio, por los cerros
a orillas de la ciudad, donde permaneció hasta sacudir
la imagen del amor y sustituirla por la del mundo
tal y como desearía que fuera, azuzando su forma y
medida

a un discurso de tal novedad que el mundo flaqueó
y de pronto aparecieron árboles en el lugar desnudo
donde él hablaba y alzaron las ramas y barrieron
el pasto tierno con sus vestiduras de sombra,
y las piedras, sin peso por esa única vez, llegaron y
se acomodaron,

y los animales pequeños yacían en milagrosos campos de
grano

e hileras de maíz y durmieron. La voz de la luz
avanzó desde el cuerpo de fuego, y cada cosa se
levantó

desde sus profundidades y brilló como nunca había
brillado.

Y ése fue el segundo gran poema,
que ya nadie recuerda. El tercero, el más grandioso,
llegó al mundo como el mundo, desde la fuente
invisible e inefable de todo anhelo de ser; vino como
vienen

las cosas perecederas, para ser vistas o escuchadas
durante un momento, como las capas de hielo o el
movimiento

del aire, para luego callar; llegó en medio del sueño
como puerta hacia el infinito y, rodeado de flamas,
volvió a la hora de despertar y, a veces,

remoto y pequeño, llegó como una visión de árboles
junto al arroyo ondulante, barriendo las riberas
con su sombra violeta, con las extremidades de alguien
dispersas entre las hojas cercanas y blandas,
cubiertas de rocío,
con la cabeza cercenada rodando bajo las olas,
rompiendo las columnas tambaleantes de luz hacia un
remolino
de astillas y chispas; llegó en un lenguaje
que la piedad no toca: en líneas, pródigo y oscuro,
donde la muerte renace y es enviada como regalo al
mundo
para que el futuro, sin voz propia, ni esperanza
de convertirse sino en lo que será, pueda penar.

MIEDO A LA NOCHE

al modo de Leopardi

Alcetus:

De veras, Melissus,
al mirar la luna ahora
recuerdo mi sueño de anoche.
De pie, ante la ventana, miraba el cielo
y de pronto la luna comenzó a caer.
Venía hacia mí, acercándose más
y más, hasta estrellarse
como un cuenco junto a la casa.
Luego se incendió, luego chisporroteó
como un carbón encendido cuando cae al agua.
Se ennegreció, el pasto se tatemó,
fue así como se apagó la luna.
Pero hubo algo más aparte de eso.
Cuando miré hacia arriba vi una ranura en la
oscuridad.
Era el hueco de donde había rodado
a luna desde el cielo.
Me asusté, Melissus,
créemelo, todavía me asusto.

Melissus:

¿Y cómo no habrías de asustarte?
Después de todo, la luna *podría* caerse en cualquier
momento.

Alcetus:

Es cierto, mira las estrellas
caen durante todo el verano.

Melissus:

Pero hay muchas estrellas,
¿qué importa si caen unas cuantas?

Quedan miles.

Pero sólo hay una luna en el cielo
y nadie, sino en sueños, la ha visto caer.

DOS CARTAS

1. Carta de Grete Samsa a H.

Querido H., estamos en la nueva casa desde hace cerca de un año y papá y mamá se han recuperado de su duro trance. Es difícil imaginar lo doloroso que les resultó. Yo, por mi parte, me levanto tarde como siempre, y practico el violín. Para responder a tu preocupación por Gregor: debo admitir que, ciertamente, me inquieta lo ocurrido. No es que creyera que despertaría siendo el mismo que cuando se quedó dormido. Sólo los más tontos pueden creer que no cambiamos. Pero, ¿quién se hubiera imaginado que alcanzaría tales extremos! ¿Estaría encarnando la primera fase de un terrible ensimismamiento? ¿Sería la etapa terminal de una enfermedad desfigurante? ¿Se preparaba, de una manera nueva y espectacular, para enfrentar la muerte? ¿O intentaba demostrar que, al perder las inhibiciones, no nos convertimos en un Bernini ni en un Rafael, sino en aquello que él logró? Tal vez lo ocurrido pueda más bien interpretarse como cierta clase de protesta religiosa; Gregor intentando personificar una alegoría de nuestro desesperado tránsito por la tierra; sólo que nunca tuvo mayor interés por cuestiones de índole espiritual. ¡Pobre chico! Después de todo, era sólo un poeta que ocultó su vocación por deferencia hacia los demás. ¿Podríamos considerar su horrible cambio como una indiscreción, como una especie de vida secreta, como una existencia ficticia donde él mismo acabó siendo la obra? En todo caso, en algunos momentos Gregor, dorado ya por el sol que entraba por su ventana, parecía un monumento milagroso de sí mismo, tanto más grande y más pequeño

que la vida. Tal vez creyera que el mundo, a pesar de sus ciudades, carece desde un principio de diligencia; entonces, ¿por qué no jugar un poco? Dios mío, comienzo yo misma a sentir que algo sobreviene: tal vez una tristeza, el comienzo de nuevos aires, hasta de otra existencia. Pero basta ya de todo esto. Cuéntame de ti, ¿cómo es el lugar donde estas? ¿Siempre caen las hojas? Las sombras, ¿son siempre alargadas? Y las montañas, ¿pueden verse ?

2. Carta de Gregor Samwswa a H.

Querido H., este interés por mí, por lo que fui durante un lapso limitado de tiempo, resulta incómodo. He adivinado el contenido de la carta de mi hermana desde una perspectiva privilegiada y me sorprende que hasta usted se extrañe de lo que me sucedió. ¿Acaso no vivimos todos muchas vidas, de ser afortunados, no asumimos muchas máscaras y, ante la inminencia de la muerte, no esperamos siempre renacer? Tal es la condición humana. Sólo somos ciudadanos de un mundo cuando nos adscribimos al siguiente; somos exiliados perpetuos, viviendo fuera de lo posible, creamos nosotros mismos nuestros términos de exclusión y queremos transgredirlos. Nuestra miseria y nuestra felicidad son inseparables. Le pregunto, pues: ¿por qué se ha prestado tanta atención a una sola vida? ¿Y mis otras vidas? No es que quiera restar importancia a mi vida como insecto, ¿por qué habría de hacerlo? Fue mi fuerza, mi necesidad, mi triunfo. Me convertí en aquello con lo cual mi colega Raban sólo coqueteaba. Les di a quienes me conocían la oportunidad de creer en algo que parecía contrario a la verdad, .Y era real,

a pesar de todo, tan real como cualquier otra cosa. Era irreductible, original, fuente de una antinomia hermosa y beligerante. No había cúmulo de incredulidad que pudiera deshacerme: ¿deshacerme hacia qué? ¿Hacia mi ausencia? ¿Para que me añoraran y así me hiciera más presente? ¡Ah, mi querido H., la injusticia de la vida! Mis mejores días me fueron hurtados. Le hablo ahora desde el otro lado, desde otro exilio, convertido en un hombre sin significado ni mensaje, viviendo como mejor puedo en el sur de California. Cómo añoro el pasado, su mezcla de confusión y terror, sus trozos de soledad. Regresar a mi viejo cuarto, a mi vieja cama; qué perfectos me parecen ahora —ahora que siento otra vez que lo desconocido mira con desdén lo conocido, como si esperara que se le reconociera hasta cobrar existencia. Hablo, por supuesto, de la obra que tengo ante mí. ¡Qué tristeza! ¡Qué dicha!

CHEJOV: UNA *SESTINA*

¿Por qué él? Despertó y se sintió inquieto. Estaba fuera de lugar, fuera de papel. Si pudiera tan sólo irse. Amaba a Nadya Vishnyevskaya y su amor lo asustaba. Cuando el mayordomo le informó que la señora acababa de salir pero la señorita se encontraba en casa, hurgó en los bolsillos de su abrigo de piel y de su saco, halló su tarjeta y dijo: "Correcto". Pero no era correcto. Al venir esa mañana de su casa para hacer la visita, sintió que lo empujaban las convenciones sociales, que tanto le habían pesado. Pero ahora era claro pues la visita se debía a que, en un profundo lugar de su alma velada, tenía la esperanza oculta de ver a Nadya, su amor secreto. Y de pronto se sintió lastimoso, triste, bastante inquieto. Le parecía que nevaba en su alma y todo se emborronaba. Le daba miedo amar a Nadya, pensaba que era demasiado viejo para ella, poco atractivo y no creía que una joven como ella pudiera amar a un hombre por sus ideas o su carácter espiritual. Todo era vago, compartía el mismo carácter hueco. Sin embargo, a veces, surgía en él un destello de felicidad, algo semejante a una esperanza: las cosas saldrían bien. Luego, con igual prontitud, pasaba. Y se preguntaba qué le habría sucedido. ¿Por qué él, un consejero de Estado retirado, con educación, de ideas liberales, tras tantos viajes; por qué él, en otras palabras, estaba tan inquieto? ¿Acaso no había otras mujeres de las cuales fuera posible enamorarse? Siempre es posible enamorarse, por cierto. Era posible, más aún, enamorarse sin estar fuera de tono. No había la menor necesidad de sentirse inquieto. Enamorarse, tener una

esposa bella y joven y una familia no era un crimen ni un engaño, era su derecho. Ciertamente, algo fallaba en él. Quisiera estar muy lejos... Pero de pronto, desde alguna parte de la casa, llega el tintineo de las espuelas de un joven oficial y luego calla. Ese instante marcó la muerte de su tímido amor. Y cuando desapareció, sintió que enraizaban en él las semillas de una melancolía bien distinta. Cualquiera cosa que sucediera, cualquier desolación que lo aquejara, fortalecería ahora su carácter. Sí, pensó, sólo eso será correcto. Sí, todo acabó y estoy contento, muy contento, sí, y no me decepciono, no, ni estoy en modo alguno inquieto. No, nada inquieto. Lo que debía hacer ahora era retirarse. ¿Pero cómo hacerlo para que pareciera correcto? ¿Cómo pudo haber pensado que estaba enamorado? ¡Qué fuera de papel! ¡Qué poco acorde con él!

A SÍ MISMO

Has llegado ahora hasta mí, sin saber por qué;
sin saber por qué te sientas en el tapiz rojo de una
silla fea,
el ángulo tramposo y revelador de luz encaneciendo tus
cabellos;
ni por qué has elegido este momento para enfrentar la
escritura
de años a la escritura de la nada. Tú, que
entrecerraste los ojos
atisbando el aire pulido del espejo del pasillo, y
habías dicho
que eras mío, todo mío; rogabas que escribiera pero
siempre,
desde luego, para ti, aunque sin decirme nunca de qué
servía;
solías susurrarme al oído solamente aquello
que deseabas escuchar. Ahora vienes y me dices
que es tarde, que los árboles se doblan bajo el
viento,
que caerá la noche; como si fuera algo que habías
deseado saber
todos estos años, pero hubieras olvidado preguntar,
algo relacionado con la luz oblicua que cae sobre una
mesa,
un brazo que se alza, un rostro que voltea
y un coche sobre la loma, perdiéndose a la distancia.

FICCIÓN

Pienso en las vidas inocentes
de las personas de las novelas, saben que morirán
pero ignoran que la novela tiene un fin. Son tan
diferentes
a nosotros. Aquí, la luna mira hacia abajo como tonta,
entre nubes dispersas, hacia el pueblo dormido
y el viento hace girar las hojas marchitas
y alguien —precisamente yo— hundido en su silla
pasa las hojas restantes, y sabe que al hombre y la
mujer
del cuarto rentado no les queda mucho tiempo
ni a la luz roja sobre la puerta, ni al lirio
que agita su sombra contra la pared; no les queda
mucho tiempo
a los soldados bajo los árboles que bordean
el río, ni a los heridos que retiran
hacia ciudades del interior donde se quedarán;
terminará la guerra que imperó durante años
como todo lo demás, excepto esa presencia
difícil de definir, un rastro parecido al aroma de la
yerba
tras una noche de lluvia o los ecos de una voz
que recomienda, sin deletrearlo,
no desesperar; si llega el fin, también pasará.

Y aunque fuera breve y tenue y nada
a qué aferrarse tanto tiempo, la recuerdo
como salida de mí mismo, una de aquellas escenas
que la mente fija, noche a noche, solamente
para abandonarla, de prisa, sin aviso. La luz
inundó el fondo del valle y brilló en las ventanas
del pueblo orientadas al poniente. Las calles centellearon
como ríos,
y árboles, matorrales y nubes fueron arrastrados por el flujo
y nada escapó: ni el sillón que ocupábamos,
ni las alfombras, ni los amigos contemplando el aire.
Todo fue ahogado por el fuego de oro. Philip puso entonces
su vaso en la mesa y dijo: "Esta mano es solo una
en una serie infinita de manos. Figúrense".
Y fue definitivo. La tarde oscureció y se desvaneció
hasta teñir el borde poniente del cielo
de morado, como un golpe, y todos se levantaron
y opinaron que el crepúsculo había sido magnífico.
Fue hace tiempo y fue notable, pero sucedió algo más—
un lamento, casi imperceptible, se elevó y elevó
como atravesando el tiempo para conmovernos
como ninguna otra cosa podría haberlo logrado,
y tan levemente que podríamos haber pasado la vida
que nos restaba ignorándolo.
No tuve idea, hasta ahora, de lo que significó.

LA VIDA EN EL VALLE

Como muchas otras ideas brillantes -fáciles de entender
pero difíciles de creer- pronto descartamos y luego olvidamos
la que nos hizo odiar este lugar. Los vientos amenazantes
sobre el lago en llamas empujando, acarreando un polvo eléctrico y luminoso, un aire ceniciento poblado de hojas
caídas, fantasmales, sombreando el valle, llenándolo de un sonido apresurado, no bastaron para ahuyentarnos.
Ni esas ocasiones, cuando el pálido sol de invierno hacía caer una entreluz helada sobre los desfiladeros y las tormentas calladas enterraban bajo espesas nieves
los altos refugios. Bastaba con no salir.
Nuestros amigos decían que el paisaje era maravilloso: la luz de las estrellas sobre las torres y cúpulas apiñadas,
la luna frígida en el espejo del agua. Estábamos de acuerdo
y llegó a gustarnos el panorama de los trenes oxidándose
en el campo y los pájaros con las alas abiertas, con sus huesos de acero centelleando a orillas del agua,
y, a lo lejos, enormes cúmulos de nubes inmóviles, como plomo.

LA VIDA CONTINUA

¿Y si las casas del vecindario se empaparan
de una luz plateada, y los niños agazapados en el
matorral
buscaran signos de derrota en los adultos,
signos de que se acaba el placer desigual
de transcurrir día a día, o de un naufragio en la
corriente
del deber ha llegado? Ah, padres, confiesen
a sus pequeños que aún falta mucho para que sea de
noche
y el gusto por lo mundano aumenta, díganles
que la idolatría por los quehaceres domésticos ha
comenzado
apenas; describan la belleza de palas y rastrillos,
escobas y trapeadores;
díganles que siempre se habrá de cocinar y limpiar,
que una cosa lleva a otra, y ésta a otra más;
explíquenles que se vive entre dos grandes negruras,
la primera
termina y la segunda no, y que lo más afortunado
es haber nacido; que se vive en una niebla
de horas y días, meses y años y se cree
que significa algo, al pasar del miedo pasajero
de irse sin terminar nada con lo que pueda probarse
la existencia. Digan a sus hijos que entren,
que sigue la búsqueda de algo perdido —un nombre,
un álbum de familia que cayó de una pequeña trama
a otra, un trozo de la oscuridad que podría haber sido
tuyo,
realmente no se sabe. Díganles que cada cual intenta

mantenerse ocupado, aprendiendo a acercarse más y a
oír
la descuidada respiración de la tierra y sentir su
languidez
disponible; abarcarlo, ola tras ola, enviando
estremecimientos pequeños de amor a través de tus
breve
e innegable seres, hacia los días, más allá.

DE UN DIARIO PERDIDO

No comencé la gran travesía que iba a emprender. No me dieron ganas. Mientras desayunaba pensé escribirle a Goethe pero no lo hice, por supuesto. No puedo fingir que tenemos buenas relaciones si ni siquiera lo conozco. ¿Debía posar para Raeburn? Lo pensé varias veces y preferí no hacerlo. ¿Por qué comprometer la apariencia que tengo un día, en particular, a las miradas distraídas de la historia? Miré fijamente y largo rato los verdes prados del poniente de la casa y observé con fascinación adormecida la inmovilidad de dos vacas pintas. Descarté absolutamente el almuerzo y una carta a Wordsworth. Estaba seguro de que no contestaría. ¿Escribiría, a mi vez, un poema? Nunca lo había hecho, pero decidí que nada se perdería si aplazaba el experimento. ¡Hay tanto qué no hacer! No visitar a Blake ni a Crabb Robinson. No escribirle a Corot para contarle de las vacas. No escribirle a Tumer sobre mi visión del sol que se hunde como un grito rojo y aplasta el agua agitada antes de caer, a lo lejos, en los abismos silenciosos de una noche infinita. ¡Qué alivio! Mi madre, agachada sobre su bordado me apremia a que escriba a mi hermana, a quien nada tengo que decirle. "En muchos casos es más amable y preferible escribir sobre nada que no escribir", recomienda citando a alguien. Un día es tan árecido a otros, ¿por qué hacer algo? ¿Por qué escribir esto, a menos que sea un inventario de lo no vivido? Después de todo, ¿quién puede creer en lo que no está escrito? Que me haya retirado de los abusos del tiempo poco o nada significan. Soy un lugar, un lugar donde las cosas se unen y luego se apartan

volando. Mira el campo desaparecer, mira los cerros
distantes, mira la noche, la fragante y aterciopelada
noche que llegó ya, aunque el sol siga parado ante mi
puerta.

VIAJE

Pudo haber sido en las afueras de Munich o de Roma o en la nueva carretera que va de Santos a Sao Paulo. Pudo haber sido en Nueva York inmediatamente después de la guerra o en Budapest o en Sydney; y Miami, ahora que lo pienso. Siempre viajaba. Cuando me besó, cuando se quitó la ropa y me pidió que me despojara de la mía, podíamos haber estado en Praga. Cuando el viento quebró las ramas de los árboles y estrelló los ventanales, estábamos en Estocolmo —o ya muy cerca. Tantos lugares deben tenerse en mente. Tantos paisajes. Pudo haber sido en Filadelfia. No sé. No puedo acordarme de su nombre, pero se sentó a mi lado y metió la mano a mi bolsillo; simplemente la deslizó. Luego dijo que nunca había pasado una noche sola, nos metimos a la cama y el sueño la vencía una y otra vez. Yo miraba la luna. Pero hablo de algo que sucedió antes de Filadelfia, de esos días oscuros, cuando perdía la noción de todo lo que ocurría después del desayuno. Llovía a torrentes y nunca abría las persianas. Nada me recordaba dónde estaba. No estoy seguro, pero pudo haber sido en Londres. Tomó mi mano y después se desnudó y posó ante mí dando vueltas de un lado y de otro. Creo que mencionó Bermudas. Creo que allí fue donde me enlazó con sus piernas, en ese cuartito junto al mar. No estoy seguro. Han sucedido tantas cosas. Tantos días han perdido su esplendor. Las millas recorridas se desenredan. La bruma matiza el aire. Los cantiles deben estar más cerca de lo que parecen, pero no estoy seguro. Faltan la vieja alegría, la fuerza, el destello, el dolor que sin cesar me empujaban a otro sitio.

Pudo haber sido en las afueras de Munich o de Roma o en la nueva carretera entre Santos y Sao Paulo. Pudo

haber sido en Nueva York inmediatamente después de la guerra o en Budapest o en Sydney, o en Miami, ahora que lo pienso. Siempre viajaba. Cuando me besó, cuando se quitó la ropa y me rogó que me despojara de la mía, podíamos haber estado en Praga. Cuando el viento quebró las ramas de los árboles y estrelló los ventanales, 'estábamos en Estocolmo, o ya muy cerca. Tantos lugares deben tenerse en mente, tantos paisajes. Pudo haber sido en Filadelfia. No sé. No puedo acordarme de su nombre, pero se sentó a mi lado y metió la mano en mi bolsillo; simplemente la deslizó. Luego me contó que nunca había pasado una noche sola, nos metimos a la cama y el sueño la vencía. Yo miraba todo el tiempo la luna. Pero hablo de algo que sucedió antes de Filadelfia, de esos días oscuros, cuando perdía la pista de cuanto ocurría después del desayuno. Llovía a torrentes y nunca abría las persianas. Nada me recordaba dónde estaba. No estoy seguro, pero pudo haber sido en Londres. Tomó mi mano y después se desnudó y posó ante mí dando vueltas de un lado al otro. Creo que mencionó Bermudas. Creo que allí fue donde me enlazó con sus piernas, en ese cuartito junto al mar. No estoy seguro. Han sucedido tantas cosas. Tantos días han perdido su esplendor. Las millas recorridas se desenredan. La bruma matiza el aire. Los cantiles deben estar más cerca de lo que parecen, no estoy seguro. Faltan el viejo júbilo, la fuerza, el brillo, el dolor que sin cesar me empujaban a otro sitio.

POESÍA NARRATIVA

Ayer, en el supermercado, oí a un hombre discutir con una mujer sobre poesía narrativa. Ella dijo: "tal vez todos los poemas que pasan por narrativos sean solamente irónicos, los acontecimientos sólo nos señalan qué tan empobrecidos estamos, cómo vivimos hacia una meta, como utópicos desencantados. Muestran que nuestras vidas son invalidadas por nuestras necesidades, en particular la de durar. He llegado a creer que la narrativa nace del odio hacia uno mismo". Él dijo: "Lo que me preocupa es la narrativa que no da un marco coherente para medir la transición temporal o espacial, la narrativa donde el héroe viaja, creyendo que avanza cuando en realidad no se mueve. Se transforma en un simple vínculo, la encarnación de la narrativa, su terrible simulacro, la pesadilla de su propia irrealdad".

Quise recordarles que el poema narrativo sustituye una narrativa ausente y absorbe siempre la ausencia del otro para poder nombrarla y, al mismo tiempo, cede su propia presencia a las graves soledades del olvido. La narrativa ausente, quise decirles, es aquella en la cual se inscribe nuestro destino. Pero se fueron antes de que pudiera hablar.

Cuando volví a casa, mi hermana estaba en la sala, esperándome. Le dije: "¿Sabes, manita?, se me acaba de ocurrir que algunos poemas narrativos se mueven tan aprisa que no puede seguirseles, su transcurso debe ser imaginado. Son los más semejantes a la la vida y los menos reales".

"Sí", dijo mi hermana. "¿Pero no se te ha ocurrido que algunos poemas narrativos se mueven con tal

lentitud que saltamos constantemente por encima de ellos, imaginándonos lo que sucederá? ¿No se te ha ocurrido que se escriben casi siempre durante la juventud?"

Más tarde me acordé de un verano en Roma, cuando me convencí de que la narrativa donde la memoria juega un papel es autoaniquiladora. Hacía calor y me di cuenta de que la memoria es un monumento a los eventos que no se sostienen en el presente, y es por eso que la memoria se matiza de piedad y su música es siempre un canto fúnebre.

Sonó el teléfono. Era mi madre, para preguntarme qué hacía. Le dije que estaba trabajando en la narrativa negativa, la cual se rehusa a comenzar porque los principios son irrelevantes en un universo infinito, y se rehusa a terminar por la misma razón. Es toda un intermedio suprimido, inenarrable e inexhaustible. "Y, ma", le dije, "es como la narrativa que se niega a enmascarar la quietud esencial y genérica, por eso limita sus comentarios a lo que nunca sucede."

Mi madre dijo entonces: "Tu padre solía hablarme de la poesía narrativa. Decía que era una mujer con un traje largo, llevaba flores. Su pelo era rojo y caía suavemente sobre sus hombros. Decía que la poesía narrativa casi siempre acontece en primavera y requiere de un hombre. La mujer se acerca a la casa, agita su mano saludando al hombre, suelta las flores. Esto —continuó mi madre— parecía el signo de falta de propósito de la poesía narrativa. Dondequiera que estuviera la mujer, sembraba semillas de indiferencia".

"Ma", sugerí, "lo que llamamos narrativa es simplemente una sumisión ante los intolerables reclamos del predicado sobre el futuro; favorece la continuidad, florece hacia otro predicado. ¿No crees que estas ideas sobre la clausura reposan en nuestro deseo de un predicado estéril?"

"Tienes toda la razón", dijo, mi madre, "no hay otra forma de interpretarlo." Y colgó.

SIEMPRE

para Charles Simic

Siempre así de tarde en el día,
con la ropa arrugada, los grandes olvidadores
se sientan alrededor de una mesa alumbrada
por un solo foco, trabajan con tesón.
Inclinan la cabeza hacia un lado, cierran los ojos.
Entonces desaparece una casa, y un hombre en su patio
y sus hileras de flores.
Los grandes olvidadores fruncen el ceño.
Entonces desaparecen Florida y San Francisco
donde barcos y remolques dejan
pequeñas cicatrices centelleantes sobre la Bahía.
Uno de los grandes olvidadores prende un cerillo.
Desaparecen las arpas de luces ensartadas
que saltan sobre los ríos de Nueva York.
Otro llenó su vaso
y es el fin de las multitudes nocturnas
bajo los postes de luces azufradas que se encienden.
Y después desaparece Bulgaria, y luego Japón.
"¿Dónde detenerse?", dice uno.
"Rudo trabajo, empujar hacia su destino
cuanto se conoce", dice otro.
"Hasta la última piedra", dice un tercero.
"Y dejar sólo a la imaginación el frío cero
de la perfección." Y desaparecen
Norteamérica y Sudamérica
y también la luna.
Uno bosteza, otro mira por la ventana:
no hay pasto, no hay árboles...
La llamada de una promesa por doquier.

¿SE LA VITA E SVENTURA...?

para Charles Wright

¿Dónde fue escrito que hoy
me paro ante la ventana, porque es verano,
imagino el aire tibio llenando los elevados cuartos
flotantes
de los árboles, con el olor del pasto y del chapopote,
que dos abejas enloquecidas
se persiguen en la sombra, que un frente
de nubes de tormenta se levanta en el oriente,
que precisamente hoy un hombre sale a caminar,
recupera el aliento
echa la cabeza hacia atrás, deja que la luz metálica
resbale por su cara alzada y que un extraño
aparecido de quién sabe dónde, saca de pronto un
cuchillo,
le rasga el vientre hasta el esternón y hace de este
instante,
ante mi casa, su último momento? ¿Dónde estaba escrito
que el mundo, piadoso a fin de cuentas, se abre
para acoger la figura borrosa de un asesino
huyendo de la escena, en tanto la víctima, caída ya
de rodillas, siente pasar el calor de todo su ser
a una nube breve, translúcida y deshilachada que
apenas se forma?
¿O que una mirada ciega reemplaza su mirada de azoro
que,
a pesar de lo que supongo era su deseo de sobrevivir,
de entrar otra vez en las esferas inalcanzables de
luz,
sigue cayendo, y que los vecinos, ya reunidos
atisban la oscuridad de su cuerpo y lo miran hundirse

hacia la herida como una mosca o una pelusa y volverse
una parte infinitesimal de la noche, donde se asemejan
la corriente de los sueños y los despojos de las
estrellas, con el mismo
destino, obedeciendo las mismas reglas en su caída?
¿Dónde estaba escrito que tal noche se expande
inscribiéndose oscuramente por doquier o, dado el
caso, dónde
estaba escrito que volveré a nacer en mí mismo una vez
y otra vez
tal como soy ahora, como es todo en este momento
para sentir la caída de la carne hacia el tiempo, y
para sentir cómo gira
sin sonido, lentamente, como enderezándose sobre una
línea?

UNA NOCHE DE INVIERNO

Me presenté a una fiesta donde estrellas de Hollywood reunidas citaban sus memorias y bebían.

La más hermosa dejó caer su vestido, se hincó y dijo que solamente su marido había mirado la flor sombreada de su *pudendum* y era un príncipe. Un trozo de luz rodó por la curva de sus pechos hacia los eslabones enneguecedores de su collar y se quebró.

En el prado, los Platters cantaban *Twilight Time*.

"Caen las sombras celestiales de la noche..." Esto era un sueño.

Más tarde, me asomé a la ventana y vi un toro, enorme y carmesí en un campo nevado. La luz de la luna escurría por su espalda y el vaho de su aliento se extendió hasta coronarlo con un vapor plateado. Cuando alzó la cabeza, soltó un bramido que rompió y se despeñó como trueno hacia los cuartos de abajo. Esto también era un sueño.

DANS D'HIVER

Hemos visto todo: los tormentos de la distancia,
los nuevos comienzos adormilados, los justos volverse falsos,
la alta hilera de edificios en la nevada,
en el callejón del centro
la vieja banda apiñada junto al fuego
la nueva banda calentándose las manos con el cuerpo más
próximo.

¡Ah!, por las muestras de palidez de la luna.
¡Ah!, por la vida de la gente de al lado.
El callejón apunta en una dirección, ¿pero qué apuntará hacia
la
otra? ¿De perdernos en este clima,
nos reconocería alguien al llegar?
¿Nos alimentarían papá y mamá o nos abandonarían?

EL IMPERIO DEL AZAR

Su terreno es árido y se extiende de tal suerte que sólo
logran entreverse
porciones cada vez; se sabe que sus ciudades centellean
pero suelen estar ocultas; aparecen, de pronto
y por accidente, detrás de algún recodo.
Vivo junto a las montañas, en un valle baldío
cubierto de cantos redondos y rojizos.
Trabajo un campo que se empaña, desaparece,
gira y me da la bienvenida. Tras la faena
suelo sentarme en el aire esmeralda de la tarde,
las piernas estiradas frente a mí,
el cuello del abrigo alzado,
la silla de mimbre inclinada hacia atrás
y me pregunto cómo se las arreglarán
allá en las montañas de cristal, tan frías, tan absolutamente
llenas de la carencia de cuanto tenemos aquí abajo.
En los pasadizos helados flota el sonido
de trenes distantes, sus largos silbidos monótonos.
Y en la oscuridad, bajo el peso de estrellas luminosas
sueño estar en otra parte: oigo el mar azotar
los litorales y al viento diáfano
hilvanar su ruta entre parches de pinos desgarrados
y capas de aire brumoso. Y mientras lucho
por mantener tal perspectiva cerca
atrás de la casa el pequeño jardín nocturno
derrama su carne fragante bañada de luna.

Cuando llega el alba
más allá de mi parcela la llanura sin pasto
se tiñe de un gris rosáceo, la vieja cara de la luna

es carcomida y ciega, unas cuantas nubes
arrastran sus faldas de lluvia.
Y en un destello ineludible de sol
que baja y me arrastra, todo gira
fuera de mi alcance, como si mi presencia
en este sitio fuera un error. Así comienza el día.
El gran lago al poniente levanta un muro de niebla
y las montañas al sur y al oriente un friso
de picos nevados, y el aire acerca
un bloque de frío al norte.

A pesar de sus linderos ancestrales, el imperio no tiene
forma.

Trabajo mi tierra bajo chillidos de gaviota
y la mirada honda y fija de los cielos. Trabajo
hasta no tolerar más mi trabajo.

Es la dura verdad de lo que hago.

Mi sombra se estremece en el aire matutino.

LA TRADUCCIÓN

1

Hace unos meses mi hijo de cuatro años estaba agachado, limpiando mis zapatos; me sorprendió al voltear a verme y decir: —Mis traducciones de Palazzeschi van muy mal. Rápidamente retire el pie. —¿Tus traducciones? No sabía que traducías.

—Últimamente no me prestas mucha atención —me dijo—. Me cuesta mucho trabajo decidir cómo quiero que suenen mis traducciones. Mientras más les doy vuelta, me siento menos seguro de cómo deben leerse o entenderse. Tienen menos probabilidades de ser buenas porque soy un poeta principiante, se parecen a mis poemas. Trabajo y trabajo, cambio constantemente esto o aquello, espero algún milagro para dar con un sentido correcto en inglés que rebasa mi imaginación. ¡Ay, papi, ha sido duro! Ver a mi hijo luchar con Palazzeschi me conmovió hasta las lágrimas. —Hijo, deberías encontrar a un poeta joven —dije—; a alguien de tu edad que haga malos poemas. Así, no importaría que tus traducciones fueran malas.

2

La educadora de la guardería de mi hijo vino a verme. —No sé alemán —confesó mientras desabrochaba su blusa y se quitaba el brassier, dejándolos en el suelo—. Pero tengo ganas de traducir a Rilke. Ninguna de las traducciones que conozco me parece muy buena. Si las junto, estoy segura de lograr algo mejor—dejó caer la falda—. Tengo entendido que Rilke es el Gerard Manley Hopkins alemán; usaré *La caída de Alemania* como libro de consulta. Algo se me pegará si lo dejo sobre mi escritorio. Aún no sé cuáles poemas trabajaré, pero me inclino por las *Elegías de Duino*, pues son las que más se parecen a mis poemas. Mientras trabajo tomaré clases de alemán, por

supuesto —se quitó las pantaletas—. ¿Tú que opinas? —me preguntó, desnuda frente a mí.

—Eres una de esas —dije—, crees que para traducir no debe leerse el original, sino todas las traducciones disponibles. ¿Para qué gastar tu dinero en clases de alemán si tus fuentes serán traducciones ya hechas? —y acercándome a espantar una mosca parada en su pelo, continué— Tu enfoque es editorial, editas la traducción de otro hasta que parece tuya, pasando por alto la etapa más importante: convertir un poema en otro; es decir, encontrar en esa fase inicial los equivalentes burdos, aquellos donde reposa la originalidad de tu lectura. Aunque trabajaras con alguien que supiera alemán, no harías sino editar a otra persona que dio el primer paso y, no importa qué tan sabia o racionalmente haya elegido, lo hizo de manera intuitiva y automática.

—Tienes razón —aceptó—, tal vez deba entrarle a Baudelaire.

3

—¿Qué pasa? —pregunté al esposo de la educadora,
—Decidí abandonar las traducciones para rescatar mi matrimonio —dijo—. Quería intentar con unos poemas de Jorge de Lima, pero no supe cómo —y se limpió el labio sudoroso con un pañuelo arrugado—. Pensé que, tal vez, la traducción debe sonar como si fuera traducción, para recordar al lector que lo que ahora lee tuvo vida antes en otra lengua, que no fue concebido en inglés. Pero no me decidí a escribir de manera que el lector recuerde que lo que lee fue mejor antes. Dignificar el poema a costa de la traducción me parece tan perverso como borrar el original de la traducción. Y no sólo eso —añadió secando mi labio con su pañuelo y acariciándome la mejilla con el dorso de su mano—, si el idioma poético dominante de una época determina cómo debe traducirse un poema (y generalmente es el

caso), también determina cuáles poemas han de traducirse. Es decir, en un periodo de estilo de simple lírica balbuceante las formulaciones barrocas para ser declamadas no serán vistas con simpatía. ¿Qué debe hacer el traductor entonces? ¿Debe adoptar un estilo anticuado? ¿Debe hacer una parodia de la vitalidad, ingenuidad y naturalidad del original? A pesar de ser un poeta del siglo XX, De Lima es de un modernismo passé, discordante con la poesía que se escribe actualmente. Hasta donde alcanzo a discernir, creo que no puede hacerse nada con sus poemas —tras decir lo cual, desapareció calle abajo.

4

Para escapar de tanta palabrería sobre la traducción, me fui de campamento al sur de Utah, solo. Estaba por encender la lumbre cuando un hombre sin camisa salió de la carpa vecina, se paró ante mí, comenzó a limarse las uñas. —Tú no sabes quién soy yo —me dijo—, pero yo sí sé quién eres tú.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Soy Bob —me dijo—, viví en Porto Velho los primeros veinte años de mi vida y creo que Manuel Bandeira es el gran poeta desconocido del siglo XX; desconocido en el mundo de habla inglesa, claro. Quiero traducirlo —entrecerrando los ojos prosiguió—, enseñé portugués en la Universidad de Southern Utah, donde hay gran necesidad de portugués, pues pocas personas están enteradas siquiera de su existencia. Tal vez no estés de acuerdo, pero la poesía contemporánea de este país no me dice gran cosa, pero no creo que eso me descalifique como traductor. Siempre puedo acudir a algún poeta local que revise el trabajo. Para mí, lo que cuenta es el significado.

Azorado ante sus cejas delineadas y su pequeño bigote dije, un poco injustamente: —Todos los profesores de idiomas son iguales. Tienen conocimiento de la lengua original y, tal vez,

algún conocimiento del inglés. Eso es todo. Tus traducciones probablemente resultarán transcripciones palabra a palabra, sin el carácter ni el sentimiento de la poesía. Eres el primero en declarar la imposibilidad de la traducción, pero te parece fácil pasarlas por alto —y empaqué mis cosas, guardé mi tienda de campaña y regresé a Salt Lake City.

5

¡Estaba en mi tina cuando Jorge Luis Borges tropezó con la puerta. —Cuidado —le grité—, estás ciego y el suelo es resbaloso—y enjabonándome el pecho dije—: Borges, ¿has considerado lo que implica una frase como "traduzco Apollinaire al inglés" o "traduzco De la Mare al francés"? Tomar la obra altamente idiosincrásica de un individuo y ponerla en un lenguaje le pertenece a todos, a nadie, a un sistema de significados tan general que no sólo propicia los malentendidos, sino que pone duda la posibilidad misma de permitir algo más.

—Sí— dijo con aire resignado.

—¿No crees que sería mejor dejar la traducción de poesía a los que han hecho suyo algún inglés y no a los profesores que se sienten responsables de la lengua como si fuera un todo monolítico sin ocuparse de sus modificaciones? ¿No son éstos los peores traductores? ¿No sería mejor pensar los textos como transacciones entre idiomas individuales: digamos, entre el italiano de D'Annunzio y el inglés de Auden? Si fuera así, terminaríamos con las discusiones irrelevantes acerca de quién traduce correctamente y quién no.

—Sí —aceptó, comenzando a entusiasmarse.

—Fíjate, si la traducción es una manera de leer, la transformación o acepción de un idioma personal a otro, serían

posibles las traducciones en la propia lengua. ¿No sería posible traducir Wordsworth o Shelley a Strand?

—Descubrirás —dijo Borges— que Wordsworth se rehusa a ser traducido. Eres tú quien debe ser traducido, quien debe volverse autor de *El preludio* durante el tiempo requerido. Esto fue lo que ocurrió a Menard cuando traducía a Cervantes. No quería componer otro Don Quijote, que hubiera sido fácil, sino hacer el *Don Quijote*. Su admirable ambición era producir una obra que coincidiera, palabra por palabra y línea por línea, con la de Miguel de Cervantes. El método propuesto era relativamente simple: saber bien español, convertirse al catolicismo, luchar contra moros y turcos, olvidar la historia de Europa entre 1602 y 1918 y ser Miguel de Cervantes. Escribir Don Quijote a principios del siglo XVII era una tarea razonable, necesaria, tal vez inevitable; a principios del siglo XX era casi imposible.

—No casi imposible —dije—, sino absolutamente imposible, pues para traducir uno debe dejar de ser —cerré los ojos un segundo y me di cuenta de que si dejaba de ser, ni siquiera me enteraría—. Borges... —Iba a decirle que la fuerza de un estilo debe medirse por su resistencia a la traducción—. Borges... —Y al abrir los ojos él, y el texto en el cual se había sumergido, estaban terminados.

LA HISTORIA DE LA POESÍA

Nuestros maestros se han ido, y si regresaran
¿cuál de nosotros los escucharía, quién reconocería
el sonido corpóreo del cielo o el sonido celeste
del cuerpo, infinito y perecedero, que afinaron
nuestros días antes de despojar de su poder
a las estrellas giratorias? Ninguno de nosotros,
sería la respuesta. ¿Y qué significado tiene que miremos
las montañas bañadas por la luna y el pueblo con sus puertas
silenciosas
y sus tinacos, o que deseemos elevar un poco las voces,
o que a veces en el final del otoño
cuando la tarde florece un momento sobre la cordillera del
poniente,
cuando imaginamos a los ángeles bajar corriendo por los
escalones del aire frío
con sus buenos deseos, si ya hemos perdido la voluntad
y no hacemos nada sino dormir, oyendo a medias los suspiros
de una brisa cualquiera soplar sin dirección sobre granjas
desiertas
y jardines abandonados? En estos días, cuando despertamos,
todo brilla con la misma luz azul
que momentos antes inundaba nuestros sueños
y nos conformamos con contar los árboles, las nubes,
los pocos pájaros restantes; cuando decidimos no ser
demasiado duros con nosotros mismos, que el pasado no fue
mejor
que el presente, ¿pues acaso no ha existido siempre el enemigo
y acaso no estuvo mundo siempre en ruinas la iglesia del ?

ESCUELA CONTINENTAL DE BELLEZA

Cuando la Escuela Continental de Belleza abrió sus puertas vimos los pasillos repletos de maestros consagrados y salones donde figuras desnudas se reclinaban en pisos de mármol.

Nos conmovimos, pero no tanto como para quedarnos.

Salimos de prisa hasta un patio cubierto de yerbas.

Esto también nos conmovió, pero pronto nos adormilamos.

El sol aparecía, una niebla violeta se alzaba desde el mar, los montes de la costa enrojecían y varias personas en la playa

se inflamaron. Fue el inicio de algo nuevo.

Las llamas se apagaron. El sol continuó su ruta.

Los lagos interiores abrillantaron las escamas con la primera luz

y las montañas proyectaron una sombra azul y fría hacia el fondo del valle,

y los pueblos distantes despertaron... era lo que esperábamos.

Qué rápido se hizo visible el gran mundo inacabado

cuando la Escuela Continental de Belleza abrió sus puertas.

EL CLUB DE MEDIANOCHE

Los talentosos nos han dicho durante años que deseaban ser
amados

por lo que son, que en su plenitud, fuera cual fuera,
son perecederos en el crepúsculo, como nosotros. Y trabajan
toda la noche

en cuartos fríos, llenos de telarañas hechas de luz de luna;
a veces, de día, se apoyan en sus coches

y miran el valle ardiente, vidrioso y dorado,
pero se sientan casi siempre, encorvados en la oscuridad, los
pies en el suelo,

las manos en la mesa, una mancha de sangre, en las camisas,
sobre el corazón.

LA FAMOSA ESCENA

Los escarlatas pulidos de la tarde se hunden y el fracaso oscurece la famosa escena: la naturaleza nos retrata en la costa mientras el sol inunda y ensucia las palmas y los andadores de madera frente a las hileras de casitas veraniegas.

Ah, y los pájaros se encogen callados en los árboles o esperan bajo los aleros, y un barco allá contra el oleaje, suelta hilillos de vapor.

¿Qué significa haber llegado aquí tan tarde?

¿Podremos saberlo antes de que se pierda el aire en el pueblo, dejando su estela de mar rancio y cerremos los ojos a la marea ascendente del deseo?

Tal vez no. Dejemos pues a lo indecible salirse con la suya.

Que la luna se enfurezca y se borre a su gusto, y las corolas de los pinceles azules se doblen en el campo y se alabe lo oscuro. Nos iremos hablando en voz alta con nosotros mismos, repitiendo las palabras que siempre se han usado para describir nuestros destinos.

EL MISMO. AHORA

Dirán que es un sentimiento, un ambiente, o el mundo, o el
sonido

que el mundo emite en las noches veraniegas cuando todos
duermen –

árboles agitados por el viento, o algo así, algo igual
de impreciso. No te dejes engañar. El mundo
es sólo un espejo que muestra su imagen. Dirán
que se refiere a los detalles, defendiendo algo
pero sólo intenta ser él mismo. No significan nada
los montes bajos, las crecientes, los vestidos largos, ni
siquiera la lira o el dulcimer,

la música que toca es sobre todo la suya. Tan alejada
de lo que podría ser, siempre se vuelve añoranza,
tañe movida sólo por el deseo, el deseo de su fin,
una palabra tras otra borran el mundo

y en su lugar. dejan las líneas invisibles de su llamado: por
allá, por allá.

LEYENDO SIN CAMBIAR DE SITIO

Imagina un poema que inicia con una pareja
mirando hacia el valle, ven su casa, el prado de atrás
con las sillas de madera, sus partes de verde sombreadas,
su cerca de palo, y más allá de la cerca el brillo ondulante
de plata
del estanque, su otra orilla enredada de mirto, bermellón
bajo la luz huidiza. Imagina ahora a alguien leyendo el poema
y pensando: "Nunca pensé que sería así",
y lo mete en un libro mientras la pareja
distráida, siente que nada se pierde, ni el blanco destello
de la cola de un pájaro carpintero que atrae su vista, ni la
leve
agitación de las hojas en el viento distrae la mirada de la
cúpula
de madera de un cerro cercano donde el crepúsculo esparce
ahora su violeta.
Pero el lector, que salió a dar un paseo en la noche de otoño
con todos los sonidos aprisionados de la naturaleza que callan
junto a él,
olvida no sólo el poema sino dónde está y piensa, en cambio,
en el opaco espejo veneciano del vestíbulo
junto a la escalera circular, y en cómo las estrellas del
espejo negro del cielo
se hunden y el mar las apila en la playa como espuma.
Tanto flota a la deriva en cuartos siempre abriéndose hacia
otros lugares,
no puede acordarse de quién era la casa, o cuando estuvo allí.
Imagina ahora que años más tarde se sienta bajo la lámpara
y saca un libro del estante; el poema cae
a su regazo. La pareja cruza un campo
para llegar a la casa, sin sentir aún que algo se ha perdido,

pues seguirán viviendo sin peligro, encerrados en la atmósfera
ambarina
del crepúsculo. Pero cómo podrá saberlo el lector,
sobre todo ahora que mete el poema al libro otra vez, sin
verlo,
al libro donde el poeta mira fijamente el cielo y dice
a la hoja en blanco: "¿Cielos, dónde cielos estoy?"

EL FINAL

No todo hombre sabe lo que cantará al final
cuando mira el muelle, al zarpar el barco, ni qué sentirá
si lo abraza el bramido del mar, inmóvil, ahí al final,
ni qué esperar, pues es claro, ahora sí, que no volverá.

No hay tiempo ya de podar el rosal, de hacer cariños al gato,
cuando el crepúsculo ya no quema los pastos ni la luna llena
los hiela

no todo hombre sabe lo que verá en su lugar.

Cuando el pasado apoya su peso en la nada, y el cielo

es apenas recuerdo de luz, terminó el relato

de cirrus y cúmulus, los pájaros detienen el vuelo

—no todo hombre sabe qué puede esperar, ni qué cantará

cuando aborda ese barco hacia la oscuridad, ahí, al final.

PUERTO OSCURO

A B ill y Sandy Bailey

PROEMIO

"He aquí mi avenida principal", dijo esa mañana
al partir y ceder el pueblo a los demás,
entrando a los bosques de alturas sonrosadas

por el sol naciente, el camino aún a oscuras.

"He aquí la ruta", añadió al buscar
el gran espacio que estaba seguro se le abriría,

un mar puro sobre el cual un cielo
turbulento dejaría caer las formas
sombreadas de su canción, y movería los brazos

y como si fuera un pintor casi, comenzaría a señalar
los pasajes más o menos notables, los tropos
de seda y señalando las cosas, concebidas burdamente

y levantaría eco y tumulto a su alrededor. Las obligaría
a tomar forma. Todo tendría bordes. La voluntad
incendiaria del clima sería su musa al soplar sobre él.

"He aquí la vida", dijo al llegar al primero
de los muchos bordes del mar que buscaba y abotonó
su abrigo, subió su cuello y comenzó a respirar.

PUERTO OSCURO

I

En la noche sin fin, en la oscuridad que empapa,
uso un traje blanco que brilla
entre hojas negras desprendidas, entre

las lunas de los postes cubiertas de insectos.
Camino entre árboles esmeralda
en la noche sin fin. Cruzo

la calle y me pierdo al doblar la esquina.
Brillo al cruzar el parque rumbo
a la estación donde los otros me esperan.

Pronto viajaremos en la oscuridad silenciosa
sobre el terreno agreste de la noche sin fin,
las antorchas nos guían. Mi traje es mejor

que el que usa la luna, puro resplandor
cuando llego a la estación donde los otros
susurran, dicen que la luna

no es mejor garantía que cualquier otra cosa,
de que, si alguien sufre, las alas servirán
como canción o que, al intercambiar brazos, las reglas

en la tierra serán también válidas para quienes están por
partir,
de que es mejor prepararse, pues la ceniza
del cuerpo no vale nada ni da para más.

II

Escribo desde un lugar donde nunca has estado,
donde no pasan trenes ni bajan aviones,
de un lugar del poniente

donde la nieve se acumula alta junto a cada casa,
donde el viento aulla a la cara vacía de la luna,
donde la gente es común y la moda,

si llega, llega tarde y es vista
como forma de opresión y motivo de pesar.
Éste es un lugar que relumbra un poco a las 7 p.m.,

y luego se apaga, deslizándose al velatorio
de las estrellas, y todos sueñan flotar
como ángeles con hábitos de dulce aroma;

o en liberarse de los múltiples deberes
hacia la ronda de placeres disponibles:
días como hojas arrancados al álbum familiar de fotos,

reuniones sin fin, coros celestiales en los días de campo
donde afinan el tono según la ocasión,
cuando todos miran, mudos ante la inmensidad.

III

Camina en cualquier dirección y volverás a la vía principal.
Hay algo en las simples tienditas, en las cosas inútiles
que se vuelven necesarias, un sentido de orientación

incluso sentir que vuelves a ser tú mismo con el retorno,
cuando cruzas las laderas, las filas de casas
encendidas por el hielo verde de los televisores,

derramando un dejo de familiaridad, de redención, mientras
intentas volver al centro donde las calles están vacías a
estas horas, salvo por el paso lento de los carros.

Y en algún punto alguien se detiene sin motivo,
con una carta en la mano, o con una correa
sin perro, proyectando una sombra,

y se pasa sin saber de cierto si el retorno es fracaso
o es triunfo, o si es un signo de que se ha cumplido el plazo
para abrazar los orígenes, como se abrazaría uno a sí mismo,
que ya no tiene sentido quedarse lejos más tiempo, si bien
nadie derrama lágrimas por la locura o sensatez de tal
decisión; el mundo siempre ha congeniado con uno,
y ésa fue, por cierto, la razón para irse.

¿Qué sucede con el eco de los propios pasos, con esas tiendas
y con los conos vacíos y luminosos que caen desde los postes?
De lejos, la vida del pueblo de donde partimos parecía más
simple... mira: papá y mamá en la cocina, él lee el periódico,
ella mata una mosca.

IV

Vivir aquí supone cierta trivialidad,
una ligereza, una monotonía cómica que uno intenta
mermar con muestras de energía, con devoción

hacia las veleidades del deseo; allá, en cambio,
hay una seriedad, una lóbrega e inflexible solemnidad
amortajando el alma que desaparece, un peso'

que abochorna nuestra levedad. Basta mirar
a través del río para descubrir
lo poco que vales al describir cuanto ves,

limitado por lo disponible.

Desde el otro lado, nadie asoma hacia acá.
Están comprometidos con los obstáculos,

las texturas y los estratos de la oscuridad,
con el tedioso cumplimiento de la permanencia.
Y no trabajan ni por amor ni por pan

sino para conservar un equilibrio entre el pasado
y el futuro. Son el futuro, tal y como
se expande, como nosotros somos el pasado

reconciliándose consigo mismo. Por eso
se planchan las servilletas, los pastelitos son puntuales;
por eso el vaso de leche con su blancura tan chic,

ruega lo bebamos. Allá no sucede nada parecido.
La resignación ante cualquier cosa es considerada t
ímida, signo de superficialidad o de algo peor.

V

Los soldados partieron y ahora se van las mujeres.
Los perros ladran a la luna, la luna huye
entre las nubes. Me pregunto si podré alcanzarlos.

Pienso en las brillantes mejillas, en los serios galones
de mis amigos y estoy seguro de no ser uno de ellos.
En un tiempo, la palidez de la verdad me conmovía,

cuando mis pasos fatales fueron más parecidos a una corriente
veraniega cruzada a ratos por la música perfumada de la
lluvia,
pero eso fue antes de ser echado a un lado

por el oficial de guardia, y antes de que me advirtieran que a
partir de ahora
debía inventar mi placer, labrarlo de la nada,
restarlo al futuro. Y no podía hacerme ilusiones;

un crespón misterioso cubriría mi obra. Un redoble de tambor
gobernaría mis pasos en los largos corredores. "Por cierto",
dijo el oficial, "mira el valle

una mañana cualquiera. Mira las sombras, las nubes
dispersándose
y observa luego a través del museo congelado de la naturaleza;
verás cómo todo tiene cabida perfecta en su espacio."

VI

En qué terminaría, cuál sería la diferencia
si el mundo, iluminado por el alba lunar,
irrumpiera en el reposo de todos,

si se liberara el deseo que permea los sueños por todas partes
y ya no se conformara sólo con la tierra, su fin más natural,
como todos piensan, sino creciera hasta convertirse

en un deseo mayor, un deseo que aspira a más y a más
una conclusión impensable, a una satisfacción imposible,
que a su vez creciera, encerrado en tal apetito

la elaboración y ensanchamiento de su propio quebranto,
el revés oscuro del crecimiento que dice al placer del desear:
nunca habrá cumplimiento adecuado,

ni siquiera en estos prados y banquetas de plata
para los cuales la única compañía posible
parece ser el aire de la medianoche a finales de octubre,

no hay muestra de que la satisfacción sea posible. Sólo
habrá una insatisfacción cada vez mayor. Sólo dientes
que roen y rasgan. Todo será cada vez más grande

y más esquivo, y el peso del futuro diciendo
que sólo soy lo que eres, pero en mayor medida.
Y tú, sin darte tiempo para la fatiga,

insistes en la promesa, porque es tuya,
y tendrás la pérdida continua
será toda tuya y no dejará de crecer.

VII

Ah, puedes burlarte de los esplendores del plenilunio,
¿pero qué sería del corazón humano
si deseara nada más lo oscuro, si no quisiera del mundo

sino la tinta del mar o la sombra negra de las rocas?
En una noche de verano lanzarte a la plata
hueca del aire y mirar la quietud de los campos

pálidos bajo la mirada vasta de la luna,
permanecer en la hondura de la visión y preguntarte
cómo aquello que amas está más allá del quebranto

en esta blancura, cómo la esperanza crece en el valle
abierto de tu mirada y más allá, bajo el fuego distante
y apenas visible de todas las estrellas,

te sientes despertar al cambio, como si tal cambio
fuera inmenso y parte de la añoranza del cielo.
Pero tu único deseo es salir de la propia sombra

hacia el brillo refrescante de una noche
cuando la luna luce en verano y la tierra misma
está arropada y silenciosa en su sueño, pesada como piedra.

VIII

Si el alba descorazona, y la luna es horror
y el sol solamente es causa letargo,
entonces, claro, hubiera guardado silencio todos estos años,

no hubiera decidido salir esta noche
estrenando mi traje azul marino de solapas cruzadas
para sentarme en un restaurante ante un cuenco

de sopa a celebrar la buena vida
y este instante como su culminación.
Las armonías de la totalidad alcanzaron su apogeo,

me colman de satisfacción y tú también luces bien.
Me gustan tus dientes de oro y tu pelo teñido
—un poco verde, un poco rubio— y tu figura

que por fin alcanzó una talla quejamás imaginada.
Ah, mi compañera, mi bella muerte,
mi paraíso negro, mi droga estimulante,

mi musa simbolista, dame tu pecho
o tu mano o tu lengua, dormida todo el día
en un claustro de encías rojizas.

Tiéndete en el piso del restaurante
y recita cuanto ha sido negado a mi felicidad.
Dime que no he vivido en vano, que las estrellas

no morirán, que las cosas seguirán tal cual,
que lo visto permanecerá, que no nací para un cambio,
que cuanto he dicho, no ha sido dicho para mí.

IX

¿Dónde está la experiencia que significaba tanto,
que tenía tal peso? Dónde está ahora,
sino albergada en la memoria, en el aire de la memoria,

en un lugar que no es lugar, sino almacén
de la belleza perecedera del mundo.

Ah, sí, nos afanamos bajo la mirada de la luna,

su boca nos contesta un mudo ¡oh! de sorpresa
toda vez que intentamos explicar cómo fue,
cuan pasajero, frágil y costoso.

Siempre estamos por partir a un futuro sin trabas,
como si pudiéramos dejarnos atrás nosotros mismos,
y sin lograrlo, claro. Quién puede enfrentar el futuro,

sobre todo ahora, como si fuera alguien sin pasado
que lo respalde, nada confirma que uno es
como cualquier otro, con fotos de bebé

y fotos de mamá y papá con sus trajes de baño anticuados
en una playa de algún lugar de antaño.

Trabajamos sobre el pasado para hacer el futuro

más tolerable. Ah, el potencial pasado, cómo crece,
cómo llena los días venideros de sentimientos
y gestos que, hasta ahora, habíamos descartado.

X

Es un grito pavoroso elevándose,
con la esperanza de hacerse oír, llega
cuando despertamos, para que el día transcurra

en la inútil corrección de una añoranza distante.
Todas estas voces llamando desde la hondura de algún otro
lugar,
desde el abismo de una noche de agosto, desde el quebranto

de un viento boreal, desde un barco hundiéndose en el Báltico,
desde un corazón dolido, de donde sea, pidiendo socorro.
Y no queda más remedio que atender su llamado,

conservando algo del sonido, azuzando las duras sílabas
del desastre hacia la música. Al mirar por la ventana,
al ver las nubes juntarse, y al viento agitar

las ramas del sauce, derramando sobre el suelo una lluvia
de hojas, ¿cómo hacer al dolor
un mausoleo propio, cómo escribirlo,

y transformarlo en sí mismo, tal y como fue atestiguado
a través del placer, para que se le conozca y se le ame
incluso,
tal y como vive en lo que no pudo ser?

XI

Ha pasado mucho tiempo y sin embargo
parece que fue ayer, en el momento más álgido del verano,
cuando sentimos desaparecer el pesar

y vimos tras paredes rústicas de piedra
la carne de las nubes cargadas del aroma
de un desierto sureño levantándose en prodigiosa

inundación de mansedumbre. Parece que fue ayer
cuando nos paramos junto a la verja de fierro en el centro
del pueblo mientras el viento

con hálito de polen colocó una sombra de nubes
a nuestro alrededor para que sintiéramos la fuerza
de nuestra libertad, cautivos aún en la negrura.

Y cuando más tarde cayó la lluvia e inundó las calles
y escuchamos las gotas caer al patio y al viento
arrastrar las hojas como papeles, ¿cómo explicar

nuestra felicidad, la manera peculiar en que nuestras voces
borraron todo signo del dolor padecido,
de su violencia, de sus terribles presagios de un fin?

XXIII

De repente escuchamos la explosión.

Un hombre cebado y relleno a lo largo de semanas
explotó quebrándose. Su esposa, de espaldas a él,

no volteó de inmediato para permitir que todo
se asentara —el queso, el pan remojado.

Era una beldad y tenía fama de hábil cocinera,

pero nos ocultaba algo, guardándolo para sí misma.

Por eso es importante el detalle de que estuviera
de espaldas. Nos parecía notar que no estaba en buenos

términos con su esposo. Pero no indagamos más
aunque cuestionáramos sus habilidades culinarias y las razones
que la orillaron a hacer explotar al marido, y cada uno

de los hombres del cuarto se preguntó si planeaba
hacernos explotar. Antes de poder preguntar, partió.
No se interpuso demanda,

vendió la casa y se mudó
a una gran ciudad sureña donde nadie supiera
los peligros que entrañan sus invitaciones a cenar.

XXIV

Piensen ahora en el clima y cómo rara vez parece
el mismo a dos personas; cuando es quieto requiere precisión
determinar si se trata realmente de un aura, un olor, incluso
un aire

de certidumbre o cómo puede considerársele, horas después,
algo enorme por el gran número de personas afectadas.
Su fuerza es otra cosa: los tornados son pequeños

pero poderosos y los días claros de verano parecen infinitos
pero tienden a ser débiles pues uno puede estar a la
intemperie.

Discúlpeme, ¿acaso esto es la reseña de otro día emocionante,

aquello que suele acompañar los preparativos de la cena?
Entonces qué decir si hablamos de lo inaudible: la forma
que asume y sus implicaciones sociales

o las sombrías floraciones del otoño, las brillantes
o encendidas hojas cayendo, el golpeteo de ramas frías,
el nuevo color del cielo, su azaroso azul.

XXV

¿Lo existente es acaso recuerdo del tiempo,
de la gran nada, de la oscura noche sin estrellas?
¿El tiempo anterior al principio del universo?

Cuando nos miramos uno al otro sin ver nada
¿acaso se confirma que somos menos
de lo que la vista abarca y encarnamos parte

de la noche de los orígenes y, acaso no es todo
menos de lo que la vista abarca, no nos recuerda
que nuestra ignorancia es verificada por la nada

a la cual honra? ¿Y acaso no es verdad
que la pérdida de la memoria es la fuerza más influyente
en la formación de la cultura, que el pasado

siempre se simplifica para dar paso
al presente? ¿Y acaso no nos interesa más
lo que puede ocurrir, ocurrirá,

que lo ya ocurrido, y por eso miramos hacia adelante,
hacia la oscuridad y formamos una imagen de plenitud donde
somos las estrellas, compitiendo con el vacío

del principio, dándonos una y otra vez a luz
a nosotros mismos, levantándonos de las ruinas o las cenizas
del pasado? Nuestras imágenes encienden un camino

que nuestros pobres cuerpos deben seguir. Y el viento
que sopla es el viento perfumado de la primavera
que promete mucho y se conforma con llegar a ser verano.

XXVI

Bajé de mi cabana en lo alto
de las Rocallosas, trepé por senderos estrechos de grava,
avanzando entre ramas y lodazales, llegué

al valle abierto y, sin alimento
o bebida, lo crucé sin dejar
de nombrarte en voz baja, y un escalofrío

me invadía al hacerlo, algo
parecido al éxtasis, y estuve a punto de errar
el camino, pero no sucedió; seguí adelante;

nada pudo detenerme, ni los chubascos
repentinos, ni las oleadas de calor pegajoso,
nada. Avanzaba terco, sin rasurar, cojeando,

con ropa andrajosa, y llegué en tal vileza, creyendo
que tú me perdonarías, al entender mi pasión,
y tras la lectura, oh, maestro, abrirías

el ejemplar de tu libro, que traje pegado
a mi espalda para no ensuciarlo
o perderlo, lo firmarías y dirías algo amable

o expresarías buenos augurios hacia uno
de los muchos adoradores de tu obra, a un practicante,
como tú, para que en los peores días pudiera

abrirlo y sentirme deseado, y para saber,
al ponderar sobre tu firma, maestro, el poder
de tu sabiduría, tal y como me fue legada.

XXVII

De éste amo la belleza resonando
en la lánguida vastedad de sus oraciones
al formar una conmoción placentera e inútil;

de aquél las figuras que se desplazan
una a otra, el complejo y sobrecargado pensamiento
amenazando siempre con emprender el vuelo;

de aquél un tono elevado y propositivo,
la dicción que tiende a la falsedad
y siempre se queda en el límite justo;

del otro la prisa y la vigorosa perspectiva,
la rapidez de la revelación, la inteligencia despierta
cuyo ejercicio eleva al poema hasta la profecía;

de éste el humor, la lucha por hallar un arte elevado
en todas partes salvo en las previstas, por adornar lo mundano
con la fuerza de lo demoniaco o de lo angelical;

y aun de otro la precisión, la búsqueda de la rectitud,
el equilibrio, un decoro inefable, la puntualización mesurada
y circular del sujeto, que convierte la sorpresa en
revelación;

lo cual deja a éste en la falda de su montaña,
encorvado sobre la página, dando las gracias a sus amores
por la visita, dando las gracias por la compañía, todo este
tiempo.

XXVIII

Hay una luminosidad, una convergencia de sortilegios,
y el mundo cambia y mejora cuando árboles,
ríos, montañas, animales, todos hallan su verdadero sitio

mientras Orfeo canta. Cuando termina la canción
el mundo recobra sus defectos, las cosas son
otra vez discordes e inadecuadas y la crueldad humana

sólo es atemperada por las leyes. Orfeo puede cambiar el mundo
un rato, no salvarlo, de allí su desencanto.
Encarna una brillante limitación y lo sabe,

por lo cual el flujo de su canción es siempre
apesadumbrado, siempre triste. Para los demás
es peor todavía. Como dijo alguien: "comenzamos apenas

cuando la parálisis llega, forzándonos a salir y respirar
el aire fresco". Por si fuera poco, añade:
"aunque escribas pilas de trabajo, nada escucha.

Siento que mi voz me alcanza sólo a mí". Hay
tal flujo de resignación que arrastra incluso nuestras
creaciones más osadas. Pero nos sentimos mejores

si intentamos y siempre hay un vaso de vino para restituirnos
a nuestra majestad anterior, al pozo de los deseos
donde nos reflejamos, así sea oscuramente, como si se tratara

de un espejo sombrío en cuya calma helada vemos una imagen
de abundancia, un capullo de humanidad, un himno

donde estuvieran sepultadas las formas y los sonidos del
Paraíso.

XXIX

La memoria oculta de nuestras grandes y singulares
elevaciones,
el manoseo trágico de vocales para arrancar lágrimas,
el lamento dorado y denso de nuestros sueños

formando los sonidos solemnes del alma a orillas del habla,
cuya carga es la amplitud de la intención y lo hueco
de los logros, que no alcanzan el salvaje

conocimiento del propio ser negándose a corregirse
y se inclina, en cambio, ante las afirmaciones sin forma,
que aseguran que el ser odia a Papá y desea a Mamá,

es besado por un lector en algún lugar, versa sobre mi
yo y todos los minutos revoloteando a mi alrededor como moscas
-yo en mi peor momento, la canción sobre el yo, yo en los
bosques

embruados de mi propia condición, un solitario nunca solo.
Son malos tiempos. Los idiotas han hurtado el plenilunio.
Proyectan a su antojo la pompa sombría por donde quieren.

XXX

Hay un camino que cruza el desfiladero,
un río junto al camino, un bosque.
Si hay más, aún no lo veo.

Puede decirse, sin embargo, que ha sido
un siglo sorprendente cuando menos para la moda;
las valientes modelos retienen las lágrimas

al pensar en los millones de judíos y serbios
asesinados por Hitler, el fotógrafo mantiene
firme el pulso mientras reflexiona

sobre los mujiks despachados por Stalin.
Subieron y bajaron las faldas, los pechos se estilaron
y pasaron de moda, cambió el largo del pelo.

Pero el camino que serpentea en el desfiladero
está cubierto de nieve y el río fluye
bajo, el hielo. Los esquiadores se mueven, como los secretos,

entre los árboles del bosque aprisionados en cristal.
El día forma una fabulosa jaula de frío alrededor de mi cara.
Cada vez que respiro escucho algo quebrándose.

XXXI

Henos aquí, en Labrador. Siempre quise
estar aquí, sobre todo contigo,
en esta cabaña, junto al fuego. Llevas

un traje de Calvin Klein y yo
el aterciopelado saco de etiqueta de mi padre. Es todo.
¿Por qué? Porque estoy feliz. Y espero

tu primera señal para acostarnos.
Estos golosos momentos de anticipación
son los más felices de mi vida. Me pregunto,

¿formamos parte de alguna predicción
sobre lo que será el mundo en su mejor momento
en este paisaje helado sin ofertas?,

¿somos la dirección hacia donde enfila el mundo?
o, ¿tal vez somos parte del inventario
de lo ya ocurrido, un signo de las honduras

a donde el mundo se desplomó? Tu traje fino,
mi viejo saco, esta cabaña sin agua corriente,
estufa moderna, estéreo o televisión

podría no ser sino una broma en el recuento
final de logros que podrán reclamarse
en fechas futuras. No obstante, estamos aquí

y nadie podrá quitarnos eso,
y qué importa si se ríen, estamos felices
aquí, en Labrador, bailando hasta las altas horas.

XXXII

Acá, disminuidos por las montañas y un cielo de fuegos
y rocas redondas, en la academia de las revelaciones
cada año más pequeña, nos vemos por fin

como algo menor y nos disgustan la ostentación
de la abundancia, las descripciones increíbles, pues basta
una simple naturaleza muerta -rosas en un vaso de azur.

La idea de ser grandes es inconcebible
aun después de almorzar con Harry en el Lutecia,
aun después de leer *La muerte de Virgilio*. La imagen de un
dios,

de una persona platónica que no respira ni sangra
pero alumbra cuartos enteros, continentes enteros, como el
sol,
no va con nosotros. Tenemos un creciente apetito de minucias,

de un pedazo de nosotros, de un trozo del mundo,
de un entendimiento siempre inconcluso, fragmentado,
con grandes imperfecciones, con tal que dure.

XXXIII

Estaba de visita en la modesta villa de un amigo
llena de cuartos con cortinas para protegerlos del sol,
con pisos de mármol desnudos y fríos.

Había invitado a cenar a algunas rusas.
Recuerdo que me gustó el flan
aunque ningún otro invitado lo probó.

Me sentí solo. Las mujeres comenzaron
a apagar las velas. Me pregunté si también ellas
habían estado en el delicatessen del amor. No, estuvieron

en Italia, según dijeron. Al regresar a mi cuarto
me puse mi abrigo y me metí a la cama.
Pronto escuché ruido al otro lado de la puerta.

"Soy yo, Olga, ¿puedo entrar?" Cuando entró
salí de mi cama, me desnudé y me paré
ante el espejó. Ella me imitó. "Por fin

estamos resguardados uno de otro", dijo. "Sí",
admití algo triste, "en un espejo el cuerpo
es al mismo tiempo visible e intocable".

Y así, pasamos la noche en esta villa lóbrega
mirando nuestros cuerpos desnudos, fríos, brillantes
mientras un fuego apacible crepitaba en el hogar.

XXXIV

Lástima que la palabra naturaleza ya no signifique
bosques, ni páramos, ni siquiera nuestro
peor comportamiento, ni el comportamiento

de ciertas criaturas. Lástima que no podamos
creer que hombre y naturaleza están esencialmente
adaptados uno al otro, que "la mente humana"

refleja "las más nobles y más interesantes
cualidades de la naturaleza". Ahora esa naturaleza incluye
el olvido, donde no osamos miramos;

de pie, bajo la luna hueca, no escuchamos
cuerdas de alabanza en el arpa ni plática dolorosa
que nos acerquen a los inalcanzables

-los silencios y las distancias donde caminamos
y nos sentimos a disposición de cuanto
nos empuja los unos contra los otros.

El viento es hueco. El mundo es extraño,
parte de un orden más grande y olvidado
que el de la vida, arremolinándose a su alrededor.

XXXV

La enfermedad de los ángeles no es ninguna novedad.

Los he visto arrastrarse como abejas

sin poder volar, mordiéndose la lengua en las terminales

de autobuses, sin cantar, simplemente parados

enseñando las piernas, ocultando las alas,

aguantando su breve tránsito por la tierra

sin sonreír ya; dormidos uno a la sombra del otro,

navegan en brazos de desconocidos que pisan

su luz, que es maquillajae del Edén

ofreciendo algo más que un amor invisible,

comodidades intangibles, ofreciendo el gusto,

la gloria erótica pura de una muerte sin ecos,

la sensación de besos enviados desde el cielo

derritiéndose al momento de tocar la tierra.

XXXVI

No puedo decidir si atravesar o no
el oscuro jardín helado donde el pasto
de la sombra es plata y el verde que impera

en el resto del lugar oscuro, excepto
en un trozo iluminado por la luz de una ventana.
No puedo decidir, y como es otoño,

cuando la tristeza de los jardines es más honda,
me parece ver que alguien está allí desde antes y espera
la pálida aparición de otro. Sentada

en una de las bancas, aspirando el dulce aroma
podrido de las hojas aplastadas bajo los árboles, siente frío
repentino, el escalofrío de temporada, el aliento lejano

de la lluvia próxima. Así emprenden tantas batallas
silenciosas
quienes se sientan a solas y esperan, quienes se retrasan.
Cuando llego, la nieve ya ha encanecido mi pelo

y ha colocado en mis hombros dos insignias brillantes
y pequeñas. Podría ser un oficial de las tropas napoleónicas,
y tal vez por eso ella pregunta:

¿Por qué querría nadie invadir un país pobre
como éste, un jardín al final de su vida
con una mujer, a menos que ese alguien esté solo,

cumpla con su deber, intente impedir largas
contiendas de infelicidad que arrasan todo

e impiden la reconstrucción, tan difícil en invierno?

XXXVII

Los domingos ocupa una silla de plata en un pasillo con eco
y usa las frías vestiduras de una viuda, como si lo fuera,
y oye los gritos del viento entre los árboles torcidos.

Si hubiera alguien allí, le hablaría
de lo que es aguardar sin esperanza, mirando
la luz del día avanzar centímetro a centímetro en el piso,

o tal vez diría que la muerte resultaría más fácil si el
infierno
estuviera dondequiera que se mire y ya no hubiera a dónde ir.
Orfeo vino a visitarla; vino varias veces.

Se despide cada vez deseándole lo mejor, pero es tonto,
prefiere las cuerdas bañadas por la luna de su melancolía,
el flujo interno de notas, a cualquier cosa que ella pueda
darle.

¿Pero, ya qué importa? Se fue para siempre. La oscuridad
flota desde los gritos y cada vez se parece más al llamado
de un deseo distante, a una música fatal elevándose por todas
partes.

XXXVIII

Y aparece, pues, al fondo del corredor.

Me corresponde lo demás.

Decir, tal vez, por qué ha venido y de dónde ha llegado,

y por qué ha decidido usar

en esta ocasión un sombrero cuando ya nadie usa sombrero,

y por qué lo usa tan bajo que el ala

apenas deja ver sus ojos. Nunca sonríe,

nunca se mueve. Se para quieto

y mira con fijeza, como si su solemne

inmovilidad fuera una adhesión

hacia alguien o algo, tal vez,

a una idea del retraimiento o del silencio,

o de la perfección de un estado alerta; y cómo

atrapa echando una red invisible

sobre el vigilado, paralizándolo,

convirtiéndolo a su vez en vigilante,

vigilante que mira y debe decir lo que mira,

debe labrar una figura en ese vacío,

inventarlo con otras palabras para que tenga sentido,

pues tal es el lastre de la invención,

su incómodo peso, obligadamente acorde con el aspecto

del hombre, su manera de alzar la mano

y extenderla con el brazo estirado, con una pistola

pequeña que apunta a quien asume

la responsabilidad de vigilar y entonces aprieta
el gatillo y la pistola se dfispara y algo cae un fragmento,
un trozo de una asspiración más alta, eso es todo.

XXXIX

Cuando uno toma la pluma tras un largo silencio
y se agacha sobre el papel y se dice:
Hoy me ocuparé de Marsias

cuyo cueipo fue flagelado con exceso,
pues no cometió ningún crimen equiparable
al sufrimiento que le infligieron.

Hoy analizaré los restos desgarrados de Marsias:
¿Qué significan, cuando recogen la luz
que cae a trozos desde los árboles,

como en una pintura tardía de Ticiano? Pobre Marsias,
un cuerpo, un cuerpo esforzado al girar y caer
al sufrimiento, volviéndose carne de la luz,

alimento de quienes lo miran siglos después.
¿Será ése el costo de concentrar el dolor?
Tras un largo silencio ¿podría yo, con el cuerpo

entero, resguardado siempre en la oscuridad
por la mente que así lo decidió, saber lo que he hecho
y para qué sirvió? ¿O ha de leerse un cuerpo descarnado

del hueso de la experiencia, como mapa del sufrimiento
de manera tal que toda carne pueda redimirse, por un momento
al menos, cuando ese momento se transforma en canción?

XL

¿Cómo cantar si no tengo el corazón o la esperanza
de que en mi canción persista algo del Paraíso,
de que la caricia de estas largas tardes veraniegas

llenas de verdes dorados, bajo el azul intacto del cielo,
encontrará su hogar en otro sitio, también imaginado?
¿Habrá alguien allí tocando la viola, alguien que guste aún

de las tonadas tristes? Y tras la partida necesaria,
al regresar a través del reloj de arena, ¿habré demostrado
que vivo a contratiempo, que la seda de las canciones

cantadas no se ha perdido? ¿O habré probado que cuanto amé
es insoportable, que nunca mejorarán las visiones de Lethe,
que cante lo que cante, cantaré un hueco?

XLI

A veces cuando salgo tras la cena
y miro el cielo nocturno y me doy cuenta de que no tengo
la menor idea de lo que veo, que la distancia de las estrellas

no significa nada y que su número rebasa
mi entendimiento, me pregunto si un físico
y yo vemos el mismo cielo, un magnífico ordenamiento de luces

acomodadas para aparejarse a nuestra escala y nuestro poder de
imaginación
en términos simples, un espacio como espacio padecido
quí en la tierra, en este cuarto, donde sentada

en esa silla lees un libro del cual no entiendo
nada, tienes pensamientos que no adivino,
mientras se aproximan momentos cuya carga es un misterio.

¡Ah, quién sabe! Viajamos más rápido de lo que soporta
nuestra aparente quietud, y de seguir así,
estarás a años luz de distancia cuando por fin te hable.

XLII

Nuestros amigos vagaban de cuarto en cuarto
pero ahora se mueven como cantos o meditaciones de tono
descendente o se acuestan, en espera de la próxima cosa buena

—alguna noticia de las altas esferas,
un visitante que cuente quién está escribiendo bien,
quién se enamora o se desenamora.

Ya no importa. Basta mirar alrededor.
Allí está Marsias, notable por sus maravillosos apartes
en el viejo oboe de Atenea, dormido hace siglos.

Y Arión, cuya música vivaz enloquecía a los frigios,
calló hace un siglo. La verdad es que
la canción abandona pronto a su autor,

un demonio presuntuoso muere y otros llegan.
Una oscuridad diferente invade los bosques en otoño.
Un sonido distinto manda el material de los amantes hacia el
sueño.

El aire está lleno de angustia. Las medidas de la nada
son pocas. El Más Allá está apenas más allá,
lugar melancólico de estrellas fracasadas y caídas.

XLIII

He pensado toda la tarde qué parecidos
son "El lamento de los pianos escuchados en los vecindarios
ricos"
y las "Práctica de piano en la academia de los santos
ángeles",

y en las muchachas que tocaban y ya no están aquí. Sin embargo
nunca fue la gran música, mezclada con los lustres de un
cuarto,
nada como para desprendernos del deseo de silencio y de
reposo.

Estaba allí solamente como fuente de deleite
—sin mácula, sin ser visto— aunque las cosas no salieran
siempre bien.
Ahora las hojas verdes cavilan bajo la nieve temprana

y el tiempo ha oscurecido las casas. Los sonidos del verano
partieron. Los bosques colorean de púrpura la distancia,
forman una despedida al otoño monótono.

Han llegado las nieves y las formas negras de los pianos
duermen y no se les puede despertar, ni a las muchachas
idas, las hojas o cuanto estuvo aquí hasta hace un momento.

LX1V

Recuerdo que me paré ante las olas que rompían
con miedo, no tanto del agua como del ruido,
me tapé los oídos y corrí hacia mi madre

y esperé a que me llevaran hasta la casa del pueblo
donde no se escuchara ruido, ni el sonido cercano del mar.
Pero el mar mismo, mirarlo, la forma de extenderse

tan lejos como alcanzaba la vista, era emocionante.
Sólo su bramido atemorizaba. Y ahora, años más tarde,
amo el sonido tanto como su dimensión

y lo añoro en mi exilio tierra adentro, entre montañas
que no cambian, a no ser por la luz
coloreándolas o la nieve que las aleja

o nubes que las elevan y las hacen parecer
más remotas. Actúan sobre ellas y no tienen
el misterio del mar, que genera sus propios cambios.

Los encuentros con cada cual siempre serán distintos,
pero si pudiera elegir, miraría el mar
y me perdería en los sonidos que alguna vez tanto me
asustaron.

Pero en aquellos tiempos nada sabía de los placeres de la
pérdida
de los bordes del abismo aproximándose al susurrar
ni de las tormentas, del gran animal de agua quebrándose en
las rocas

que hace brotar estrellas de sal, sonoras nubes de espuma.

LXV

Estoy seguro de que este lugar les parecerá brumoso,
con muchas cabañas de piedra deterioradas.
Grupos de almas, envueltas en capas, se sientan en los campos

o caminan por las sinuosas veredas de tierra. Son amables,
y se olvidan de sus cuerpos, a través de los cuales
se cuela el viento con sonidos susurrantes. No hace mucho

me detuve a descansar en un lugar, salía niebla
particularmente espesa desde un río. Alguien
que alegaba haberme conocido años atrás

se acercó diciendo que por allí deambulaban
muchos poetas, deseaban vivir otra vez.
Estaban dispuestos a decir las palabras que no pudieron decir
nunca

-palabras cuya ausencia ha sido el silencio del amor,
del dolor y hasta del placer. Luego se unió a un grupito,
reunido junto al fuego. Me pareció reconocer

algunas caras, pero en cuanto me acerqué
ocultaron la cabeza bajo las alas. Miré hacia los montes
más allá del río, donde las luces doradas del crepúsculo

y el alba son una y la misma y vi volar algo de un lado a
otro,
batiendo las alas. Luego se detuvo en medio del aire.
Era un ángel, uno de los buenos, preparándose para cantar.

Notas

X es para Jacqueline Osherow.

XII es para Ann E. Waters.

XIII es para Jorie Graham.

XVI es para Brooke Hopkins. El alguien a quien se hace referencia es Wallace Stevens.

XVIII La cita es del poema "Lamento" de Rilke.

XXV es para Richard Howard.

XXVIII El alguien citado es John Ashbery.

XXXIII La cita "en un espejo el cuerpo es al mismo tiempo visible e intocable" es de Octavio Paz.

XXXIV La cita es de William Wordsworth.

XLIII "El lamento de los pianos escuchados en los vecindarios ricos" es un poema de Jules Laforgue. "Práctica de piano en la academia de los santos ángeles" es un poema de Wallace Stevens.